

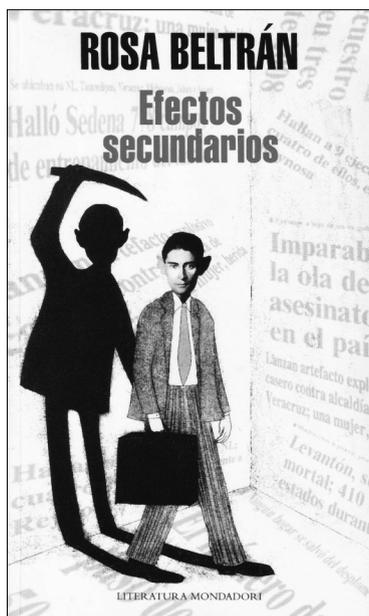
Río subterráneo

La metamorfosis de un lector

Claudia Guillén

El humor en la literatura latinoamericana es poco concurrido, quizás, hasta podría afirmar que es casi inexistente pues pareciera que la formalidad es lo que dota a un texto de ficción de una estética correcta. Por ello cuando aparece un libro que lo inserta, junto con una prosa sumamente eficaz que integra al lector en una suerte de corriente de conciencia donde el desdoblamiento entre la violencia cotidiana y la literatura transitan de manera espontánea, se da una gran obra literaria. Es el caso de la última entrega de Rosa Beltrán, *Efectos secundarios*, editada por Mondadori.

Como sabemos Beltrán es una profesional del oficio literario, es decir, es autora tanto de libros de cuentos, como de novelas o, bien, de ensayos. Ella corre por la narrativa sin ningún obstáculo y *Efectos secundarios* es una muestra más de ello. Cuánto se ha manoseado el tema de la frivolidad de los libros de ficción y cómo éstos han sido suplidos por los libros de autoayuda, que son los que venden en el mercado. Pues bien, Rosa Beltrán toma este tema como uno de los ejes de este relato para dar voz a un narrador que asume, por momentos, un discurso delirante tanto como el discurso de violencia cotidiana que vivimos en este país desde que se dio esta guerra que no llaman guerra. Sin embargo, Beltrán tiene la pericia de crear a un protagonista que sólo se dedica a leer libros y de esta forma puede evadir, mas no evitar, la violencia de su contexto a través de la literatura. De igual forma ironiza sobre el mundo de los editores y las presentaciones de libros que parecieran un lugar permisivo donde se puede decir de todo o nada pues el público se dejará guiar como un niño pues no conoce el texto del que se le habla. Esto le permite al narrador contar relatos de McCullers, Kafka,



Rulfo, entre otros grandes autores de la literatura universal, con la salvedad de que al hacerlo él se adentra en esos relatos de tal forma que se convierte en un personaje más.

Qué es más absurdo que la guerra que se vive en nuestro país, que ha dejado miles de muertos. A partir de esa premisa no sólo los escritores pueden construir otros mundos sino los lectores se pueden integrar a ellos, como lo dice el narrador de *Efectos secundarios*: “En un país que se hace experto en la recolección de cadáveres, yo reúno palabras” (p. 16).

Otro elemento que hace todavía más sólido este relato es la construcción de este atípico protagonista que tuvo una madre que lo atosigaba con preguntas sobre su estado civil, pero él, al igual que Gólgol, Flaubert, Kafka, nunca se casó ni se casaría. Su única pasión era la lectura y esta pasión a lo largo del tiempo se había transformado en una obsesión. Su progenitora, también atípica, hizo varias versiones del padre de él cuando quedó viuda, llevando a cabo una reconstrucción de un marido “ideal” que nunca tuvo en vida.

En un país donde no se lee, existe este personaje que se dedica al oficio de lector, quien rechaza la lectura de las mantas que

enuncian el porqué de los decapitados, o bien, los periódicos que detallan la muerte de un “grupo de personas” que al ir a un baile se encontraron con la muerte a través de metralletas implacables, ya que prefiere internarse en el mundo de sus clásicos. La analogía que establece la autora entre la verdad del México contemporáneo con la de los cintillos de los libros es escalofriante. Es decir, quien escribe los textos sobre quienes han sido asesinados o son asesinos está dotado de una verdad única sobre un problema que se esparce como una suerte de mancha indeleble en nuestra sociedad. Así, como la verdad de los cintillos da pie a que el lector se incluya en ésta, la que los editores quieren que él lea dentro del libro: como si fuéramos tan sólo un colectivo y no individuos.

La metamorfosis del narrador a partir del apropiamiento de los personajes de sus autores favoritos, como Orlando de Virginia Woolf, destaca la intención de Beltrán de llevar a cabo ese entrecruzamiento entre la situación de las mujeres víctimas, de todas las violencias en nuestro país, lo que le da pie para tomar el relato de esta autora inglesa, intercalando el discurso de la ficción con el de la realidad, de tal forma que alcanza que lo más desafortunado, la violencia, se enuncie a partir de una estética literaria.

Son muchos los elementos que hacen de *Efectos secundarios* un libro imprescindible: el manejo del lenguaje; la riqueza de situaciones; el discurso narrativo. Pero sobre todo ese subtexto que tiene que ver con la pasión, a partir del conocimiento que Rosa Beltrán tiene por la literatura de diversas épocas y latitudes. **U**

Rosa Beltrán, *Efectos secundarios*, Mondadori, México, 2011, 124 pp.